

Ayer vi la villa de Eu. El castillo es interesante y curioso, aunque raspado, limpiado y estropeado por las recientes restauraciones. Visité en el colegio las tumbas de Balafré y de su mujer, dos obras maestras del siglo xvi, y en la cripta de la iglesia las tumbas de los condes de Eu y de Artois. Allí fui muy vigilado por dos gendarmes, de quienes me reí en sus propias barbas.

Por la tarde me vine al Treport, no pudiendo resignarme á dormir tan cerca del mar sin tenerla en la suela de mis zapatos. Ahora estoy contento, pues viene á murmurar al pie de mi ventana.

El mar es una gran cosa, Adela mía. Un día tendremos que verlo juntos.

Toda la noche me he paseado por la playa. ¡Oh! Allí se sienten estremecimientos de ala. Si no tuviera mi nido en París, me lanzaría.

Peró tú estás ahí, y me quedo, y mientras estés ahí, ángel mío, me quedaré. Estoy preso por toda la vida, pero adoro la jaula en que tú estás.

No sé si el deseo de ver el mar por más tiempo me decidirá á ir á Caén en lugar de ir á Ruán. En todo caso, escíbeme á Mantes, lista de correos. Me será fácil hacer que me manden las cartas desde allí, si no voy á buscarlas yo mismo.

Escribo á Boulanger, y te envío la carta bajo este mismo pliego. Hazla llegar á sus manos. También te incluyo para los pequeños algunas cartitas, que les entregarás con tantos besos como palabras contienen.

Hasta pronto, Adela mía. Mi mayor placer será abrazarte.

Tu VÍCTOR

Mil afectos á la baronesa Martina. Muchos recuerdos á todos cuantos se acuerden de nosotros. ¿Cómo está el bueno de Nanteuil á quien dejé enfermo?

## A LOUIS BOULANGER

El Treport.

Estoy á la orilla del mar, Luis; una gran cosa que me ha hecho pensar siempre en vos. Por otra parte, bien sabemos que somos dos hermanos.

Quisiera que estuviérais aquí; en primer lugar porque estaríais á mi lado, y luego porque estaríais junto al mar. Nosotros tenemos un no sé qué de simpático con el mar. Él remueve en nosotros abismos de poesía. Cuando nos paseamos por la playa, sentimos que hay Océanos lo mismo bajo un cráneo que bajo el cielo.

Llegué ayer tarde. Al llegar visité la iglesia, que está como encima la techumbre del pueblo. Súbese á ella por una escalera. Nada tan agradable como esa iglesia que se yergue para dejarse ver de lejos á los marineros en el mar y para decirles: estoy aquí. Me gusta mucho ver un marinero en una iglesia (había uno en la iglesia del Treport). Se comprende que esos hombres sobre quienes pesa constantemente el mar vayan á buscar allí el único contrapeso posible. ¡Triste cosa es pensar á orillas del Océano en una carta constitucional y en una Cámara de diputados!

En suma; yo he sentido que el arte se sostenía en toda su grandeza. Amigo, no hay más que esto: Dios, que se refleja en la naturaleza, y la naturaleza, que se refleja en el arte.

Al anochecer he ido á pasearme por la orilla del

mar. Levantábase la luna; la marea subía; algunos barcos costeros y algunas barcas de pesca salían uno tras de otro, ondulando por la estrecha garganta del Treport. Una gran bruma gris cubría el fondo del mar, donde las velas se sumían simplificándose. A mis pies, el Océano avanzaba paso á paso. Las olas iban poniéndose unas sobre otras, como las pizarras de una techumbre en construcción. Soplabá viento fuerte; todo el horizonte estaba lleno de un vasto temolío de verdes ampollas; sobre todo esto un tremendo resuello y un aspecto sombrío, y las anchas randas de la espuma desgarrándose en los guijarros; era verdaderamente bello y monstruoso. El mar estaba desesperado, la luna estaba siniestra. Producía extraño efecto ver aquella inmensa y misteriosa quimera de mil escamas ascender con dolor hacia aquella fria cara de cadáver que la atrae con la mirada á través de noventa mil leguas, como la serpiente atrae al pájaro. ¿En qué consiste esa fascinación en que el Océano representa el papel de pájaro?

Ayer, en pocas horas, vi el mar bajo tres aspectos diversos. La primera vez, á las dos de la tarde, lo vi entre Abbeville y Valines á mi derecha. El mar estaba lejos, y era como un inmenso banco de bruma situado en la línea extrema del horizonte. La segunda vez, cerca de Eu, el sol declinaba, el cielo era gris y estaba lleno de difusos vapores, y el mar colmaba el intervalo entre dos altas colinas; yo no sé cómo caían los rayos del sol, pues parecía un triángulo de oro macizo sin un rincón de sombra; apenas un ligero estremecimiento en la superficie. Así lo vi súbitamente en lo alto de una cuesta, como un hueco deslumbrador en la base del empañado cielo. Figuraos el efecto de esa visión.

El tercer aspecto fué la marea ascendente de la noche.

Pero esta carta no tiene fin, y aun no os he hablado de vos, amigo querido. Me parece que el hablar del mar es hablar de nosotros. ¿Por ventura no hablaríamos de esto y de otras mil cosas si nos halláramos juntos? ¡Oh! Yo bien os quisiera aquí, mi buen amigo, para mí; y al gran pintor, para el Océano.

Adiós. El papel se acaba; un apretón de manos. Pintad muchas y buenas cosas por ahí, mientras yo las veo aquí.

VÍCTOR H.

Montivilliers, 10 de agosto, á las 8 de la mañana.

De seguro que en este momento estás á punto de llegar á París, Adela mía. No quise dirigirte mi última carta (desde el Treport) á Blois, por temor que no llegara á tiempo. Probablemente la abrirás al propio tiempo que ésta.

Desde que te escribí, he visto todas las orillas del mar desde el Treport al Havre, á donde llegaré dentro de tres horas.

He visto Dieppe, cuyo castillo, de aspecto hermoso todavía, sólo ofrece un resto curioso, una bellísima ventana del Renacimiento, por la cual se evadió, según dicen, la duquesa de Longueville, aquella duquesa de Berry de su tiempo, más bella al parecer que la nuestra. Por otra parte, no conviene dar demasiado crédito á la tradición. En Amboise, el año pasado, me enseñaron una ventana por donde dicen que se escapó la duquesa de Longueville. No deja de tener gracia ese afán de la tradición de colocar á aquella hermosa dama, al extremo de una escala de cuerda, en todas las ventanas bonitas del Renacimiento.

Por lo demás, Dieppe es una ciudad insípida, á pesar de hallarse junto al mar, que embellece todo lo que toca, como la poesía.

Después de Dieppe visité San Valerio en Caux, insignificante puertecito. Pero la que es encantadora es la villa de Fécamp. La iglesia es del más hermoso y severo gótico, casi románico, con capillas del Renacimiento que son verdaderas joyas, y hermosísimas tumbas del siglo xv. No quedan casi vidrieras. Los restos del púlpito, dispersos aquí y allá por la iglesia,

son fragmentos del más admirable estilo que pueda verse. Hay algunas cabezas que parecen de Rafael en una hermosa adoración de la Virgen en el sepulcro (de tamaño natural). Hay una cabeza de escultura pintada, de un hombre que lleva un libro, que es el más sorprendente retrato de Ingrés que puedas figurarte. Yo le desafiaría á él mismo á que se hiciera más semejante.

Desde Fécamp, no encontrando coche, fuíme á pie á Etretat, que está á cuatro leguas, y de Etretat aquí cuatro leguas más, lo que no fué mala jornada para mí. Llegué á Montivilliers á las once de la noche. Llamé á la puerta de la posada, la cual me abrió una lindísima castellana que se llama señorita Bouju, y que me cedió graciosamente su cuarto, alhajado con los más relucientes muebles de caoba, y su papel azulado, sobre el que te escribo, Adela mía.

Lo que he visto en Étretat es admirable. La costa está agujereada de trecho en trecho por grandes arcos naturales bajo los cuales el mar se rompe en las mareas. Esperé que la marea fuese baja, y á través de las ovas, los charcos de agua, las resbaladoras algas y los grandes guijarros cubiertos de hierbas peinadas por el oleaje que son como cráneos con cbelleras verdes, llegué hasta el gran arco, que dibujé. A derecha é izquierda hay pórticos sombríos; el inmenso acantilado está cortado á pico, el gran arco es calado, pues á través de él se ve otro; grandes capiteles groseramente labrados por el Océano yacen por todas partes. Es la arquitectura más gigantesca que existe. Dile á Boulanger que Piranesi no es nada al lado de las realidades de Étretat.

A lo lejos, en el horizonte, había un navío cuyas velas, de un tono gris de piedra, dibujaban sobre el mar una colosal figura de Napoleón. El conjunto era maravilloso.

Olvidaba decirte que en Fécamp vi la pleamar á la luz de la luna llena. Magnífico espectáculo. Había una nave noruega que salía del puerto con sus cantos de marineros que parecían lamentos. Detrás de mí la villa y su campanario entre dos colinas, ante mí el cielo y el mar perdidos y confundiéndose en una inmensa claridad de luna, á la derecha el fanal del puerto á luz fija, á la izquierda los grandes bloques de sombra de un acantilado ruinoso. Yo estaba en un andamiaje del muelle que temblaba al golpe de cada ola. En aquel momento pensaba en ti, ángel mío, en nuestros amados pequeñuelos, en Dédé, que juega en la Plaza Real, y en todo lo que hay de fresco y agradable en la sombra que esparces á tu alrededor.

Todavía no he explorado Montivilliers, del que saldré dentro una hora encaramado en el imperial de un *cucú* (ú ómnibus) tal cual que me llevará al Havre, donde almorzaré. No hay que decir que en todas partes guardo el más absoluto incógnito. Todavía no me han reconocido en parte alguna, excepto en Soissons. Desde el Havre, según el vehículo que halle disponible, me dirigiré á Ruán ó á Caén. En este último caso, mi regreso se retardará unos tres días.—A propósito, en Dieppe, he visto el castillo de Arques que es una ruina sublime.

Escribeme siempre á Mantes, Adela mía.

Espero que ese corto viaje te habrá sentado bien y que estás siempre gorda y fresca. Voy á aprovecharme de mi permanencia en Normandía para ver un buen espacio con algún detalle. Empero, ya me pesa la tardanza en abrazaros, pues hace mucho tiempo que no os he visto, ángeles míos.

Mil besos de tu esposo. Abrázales á todos.

V.

Ruán, 13 de agosto.

Como viaje al azar de los carruajes que encuentro, me tienes en Ruán, querida esposa. Casi he renunciado á ir á Caén, pues eso me hubiera llevado demasiado lejos. Te escribo antes de haber visto nada de Ruán, á donde llegué ayer á las once de la noche, á la luz de la luna que, desde las alturas, con las sombras de la ciudad y las claridades del Sena, me componía un admirable paisaje.

Además, desde la última vez que te escribí, he visto cosas magníficas; el campanario románico de Montivilliers, el bosque de palos del Havre, la calada aguja de Harfleur; Lillebonne, donde hay tres monumentos de tres ideas, una iglesia gótica, un torreón feudal y un circo romano; Tancarville, cuyo arruinado castillo es más hermoso que un palacio de pie; Caudebec, que es un encaje de piedra; San Wandrille, magnífica artesa donde se revuelca un asqueroso cerdo devastador llamado Lenoir; Jumiéges, que es aún más hermoso que Tournus; y á través de todo eso, el Sena, culebreando por el conjunto.

Hoy me dedicaré á ver Ruán.

Ya ves, Adela mía, que ninguna de esas hermosas y buenas cosas me impide pensar en ti, mi buena amiga. Tú eres la más bella de las cosas bellas, y la mejor de las buenas.—¡Con qué placer volveré á verte!

Quédanme por recorrer las orillas del Sena cercanas á Ruán. Procuraré reducirlas á lo más estricto, y si me queda dinero, daré una vuelta por Gisors

para llegar hasta Compiègne á ver Pierrefonds, que falta á mi colección de castillos.

Mientras espero tus dulces y verdaderos besos, te abrazo aquí, Adela mía, y á nuestros amados hijos, y á Martina, Leusurica y Galassa.—Quiéreme.

Tu mejor y más seguro amigo

V.

Escríbeme ahora á Mantes, lista de correos.

La Roche-Guyón, 16 de agosto.

Estoy en la Roche-Guyón, y pienso en ti. Hace catorce años, día por día, que estaba aquí, ¿y en qué pensaba?, en ti, Adela mía. ¡Oh! Nada ha cambiado en mi corazón. Te amo más que todo en el mundo, puedes creerlo. Tú eres mi propia vida.

Nada ha cambiado tampoco en este triste y severo paisaje. Siempre esta hermosa media luna que forma el Sena, siempre estas altas márgenes de colinas, siempre esta vasta espesura de árboles. Nada ha cambiado tampoco en el castillo, excepto el dueño que ha muerto, y yo, el viandante, que he envejecido. Por lo demás, el mismo mueblaje señorial; he vuelto á ver el sillón en donde se sentó Luis XIV, y la cama en donde durmió Enrique IV.

En cuanto al lecho donde había dormido yo, y que era la vasta cama del cardenal de La Rochefoucauld, hace seis meses el señor de Rastignac se quejó al dueño actual de que era demasiado grande para dormir, con lo cual mi vieja y anchurosa cama fué convertida en montantes de sillas para el billar. De suerte que aquí no queda nada mío. Digo mal, un criado, al ver que lo observaba todo como un desconocido que lo viera por primera vez, me dijo de pronto:—Por aquí pasó Víctor Hugo. Y me enseñó en un libro de triviales inscripciones, medio verso mío que un viajero escribió con mi nombre al pie. Y lo enseñan á los extranjeros.

Les he dejado en su error. ¿Para qué desengañarles? Los verdaderos recuerdos que había dejado aquí,

han desaparecido. Qué importa que los substituya uno falso. No por eso deja de pronunciarse mi nombre todos los días en este mismo lugar donde pensaba en ti, catorce años atrás. ¡Qué frescos ensueños entonces bajo esta dismantelada torre! La ruina no está más ruinoso de lo que estaba. Pero yo ¡por cuántas partes me he derrumbado!

No ciertamente por la parte de tu amor por mí, ángel mío. Este es como el corazón del muro; á medida que va cayendo el revestimiento, se ve mejor. Desnudo, pero indestructible.

Dejo que mi imaginación vague al azar. Dentro de una hora partiré para Mantes, donde encontraré tus cartas, lo que me llena de gozo y de impaciencia. Repito que te quiero, es la pura verdad.

Quisiera, empero, hablarte de los Andelys, en donde he pasado la última noche, y del Castillo Gaillard, inmenso cúmulo de torres derruidas que domina cuatro sinuosidades del Sena. Lo he dibujado.

He visto Ruán. Di á Boulanger que he visto Ruán. Ya comprenderá todo lo que encierra esta frase. Allí pasé los días 13 y 14. Lo vi *todo*, la cámara de cuentas, el hotel del Bourgtheroulde, el Palacio de Justicia, el Gran Reloj, San Ouen, San Maclou, las vidrieras de San Vicente, las fuentes, las casas antiguas esculpidas, y la enorme catedral, que á cada momento hace magníficas apariciones en los extremos de las calles. Subí al campanario de la catedral y á la torre de San Ouen. La ciudad y el paisaje, desde aquellas alturas, son admirables.

Olvidaba decirte que, bajo las viejas casamatas del Castillo Gaillard, encontré mi nombre escrito al lado del de Rossini.

Me llaman para almorzar. Te dejo. Dentro de dos horas estaré en Mantes contigo.

Pontoise, 17 de agosto.

Pasé ayer por Mantes y encontré tus cartas. Gracias, Adela mía, por todo lo que contienen de dulce y bueno para mí. ¿Me amas, verdad? Da las gracias por los cuidados que te prodiga á tu padre, á quien quiero como si lo fuera mío. Es más que el mío, es el tuyo. Da las gracias á mi Didina por su agradable cartita. Da las gracias al bueno de Châtillon. Besa á nuestros pequeños.

Doy enorme importancia á los detalles que me das. Prosigue y dirígeme en adelante las cartas á la lista de correos de Villers Cotterets. Procuraré ver Compiègne y Pierrefonds. Ya estoy en Pontoise. Sin embargo, si no encuentro coches para Senlis, de lo que estoy amenazado, tomaré el coche de París, y entonces me verás en seguida. Peor para Compiègne. Es posible que me veas llegar de un momento á otro.

Mucho me satisface que te hayas divertido en Angers. Esto me colma el corazón de ideas de amor por ti y por nuestros queridos niños.

Bésales á todos. Sólo tengo tiempo de cerrar esta carta. Se va el correo. Mil afectos á Martina.

Tu VÍCTOR

20 de agosto, á la una de la tarde.

Te escribo desde el albergue de Pierrefonds, Adela mía, con la admirable ruina frente de mi ventana.

Me ha costado mucho llegar hasta aquí, pues escasean los coches. Me voy á Villers-Cotterets, y si encuentro el imperial de una diligencia, tal vez llegue á París al propio tiempo que esta carta. Mi corazón hace tiempo que está ya.

V.

1836

## CHARTRES

La Louppe, 18 de junio de 1836.

Aquí me tienes instalado en una mesa del albergue en la Louppe, pueblo grande á nueve horas de Chartres, y mi primer pensamiento es escribirte, Adela mía. Desde nuestra partida no hemos tenido un minuto de descanso Nanteuil y yo; Nanteuil dibujando, yo explorando. El primer día almorzamos en Chevreuse y dormimos en Rambouillet.

Yo te he hablado con frecuencia de Chevreuse, cuyo castillo, aunque cubierto de absurdas techumbres por un molinero, conserva todavía un aspecto grandioso. En cuanto á Rambouillet, fuera del parque, villa y castillo son perfectamente insípidos. En el castillo hay con todo una hermosa torre, en la cual se apoyan tontamente dos fachadas de pobrísimo gusto moderno. El camino desde Bievre es muy agradable. El día siguiente vimos Maintenón con su admirable torreón del siglo xv y su inmenso acueducto arruinado del xvii, y por fin Chartres, que se nos ha aparecido desde lejos y entre el aguacero del modo más pintoresco.